

Escritores, artistas y eruditos alemanes en España: datos y reflexiones sobre la fecundidad cultural del “viaje español”

MIGUEL ÁNGEL VEGA

Universidad de Alicante
miguel.vega@ua.es

Recibido: 20 de enero de 2009

Aceptado: 25 de abril de 2009

RESUMEN

Se pretende poner en valor los episodios de la historia cultural en los que se han visto mutuamente implicados los dos países: España y Alemania. Se hace un repaso a los principales capítulos de la presencia cultural de Alemania (arte, filología, arqueología, arabismo, etc.) en España: influencias alemanas en el arte español, la imprenta alemana en España, etc.

Palabras clave: Historia de Alemania, historia de España, historia de las relaciones internacionales. Historia del arte, historia de la literatura.

German Painters, Authors, Critics and Scholars in Spain:
Facts and Considerations about the Cultural Fertility
of the “Spanish Journey”

ABSTRACT

The main objective of this paper is to evaluate the episodes of cultural exchange between Spain and Germany which have taken place throughout history. In order to do so, the most important instances of German cultural presence (art, philology, archaeology, Arabism, etc.) in Spain will be re-examined, namely the German influence on Spanish art, the arrival of the German printing press in Spain, etc.

Palabras clave: history of Germany, history of Spain, history of international relations, history of art, history of literature.

1. Motivo y propuesta

Con la presente contribución pretendemos poner de manifiesto la presencia, escasa, pero continuada, de los eruditos e intelectuales alemanes en nuestro país y su (importante) contribución al conocimiento y proyección internacional del mismo, así como la productividad que esta estancia haya podido tener en sus bio-bibliografías. En efecto, los alemanes no se han llegado a nuestras tierras sólo en nombre de una colonización económica, más o menos evidente pero real, ni de una estancia vacacional más o menos barata. Una serie importante de humanistas alemanes se vio movida hasta tal punto por el interés por nuestra cultura que ésta motivó su desplazamiento y, en ocasiones, su convivencia entre nosotros. También en ocasiones y como resultado de este desplazamiento, ellos nos dieron quizás nuevas perspectivas sobre aspectos puntuales o generales de nuestra manera de ser y de nuestro pasado. Huelga decir que es la que aquí proyectamos una perspectiva “histórica”, y que, por consiguiente, excluimos de nuestra consideración a aquellos eruditos que, por pertenecer al mundo de los vivos, todavía no han pasado “biólogicamente” al pasado. Lo contrario nos obligaría a dar a este trabajo unas dimensiones que el marco no permite. También excuso decir que limitamos nuestro trabajo a los dos últimos siglos, ya que sobre datos anteriores existe numerosa bibliografía¹. La historia de la hispanística alemana y de la germanística española, todavía por escribir, nos deben suministrar bases de documentación y reflexión que importa poner al servicio del buen entendimiento de los dos pueblos entre los cuales desarrollamos nuestra existencia. En todo caso justo es recordar a unos hombres que sintieron, en la mayoría de los casos, una gran pasión por nuestro país y valorar sus rendimientos y servicios al mutuo entendimiento.

2. Antecedentes

El hispanismo, es decir, los estudios hispánicos, bien en su vertiente histórica, bien en su vertiente filológica, son una creación alemana. Del siglo XVIII concretamente. La Universidad de Gotinga, desde su fundación en 1737, se había constituido en un centro de difusión de los estudios hispanos. El espíritu del tiempo, el *Zeitgeist*, lo llevaba consigo. La estética, y la sociedad en general, llevaban un siglo bajo la férula de los cánones franceses y el emocionalismo que pedía paso

¹ Hugo Kehrer en 1960 dio a la luz un interesante trabajo de documentación sobre la presencia alemana en la cultura española. Sin embargo, de la fecha de datación de este libro al día de hoy la perspectiva que se ha ganado con el paso del tiempo obliga a retomar y “re-reflexionar” los datos que este historiador del arte expuso en su obra *Alemania en España. Influjos y contactos a través de los siglos*. Madrid: Aguilar 1956. Por su parte, la conocida obra de G. Hoffmeister (*Spanien und Deutschland*. Berlín: Erich Schmidt 1976) atiende básicamente los momentos literarios de la relación, no lo que aquí pretendemos focalizar: la fecundidad cultural del viaje-estancia español. Otros estudios referidos a los viajeros alemanes por España (Pluers, etc.) consideran mayormente el decurso del viaje, no sus efectos y por eso los excluimos de nuestra consideración.

exigía patrones distintos de comportamiento personal, de enjuiciamiento de la realidad y de disfrute estético. Por eso, el rococó empezó a huir de las “acciones de estado” para refugiarse en un ensoñado mundo de pastorcillos y damiselas: al son del caramillo lloraban sus amores o se mecían en columpios trenzados de flores mientras el ganado, lanar por supuesto, triscaba en campiñas sin tormentas. Los “idilios” de Gessner son un buen ejemplo de ello y la referencia hacía tiempo que había sido servida por un autor español: La *Diana* de Jorge de Montemayor había hecho de la Babia leonesa un lugar idílico donde las necesidades mostrencas cedían ante la vida emocional. Por su parte, el *Quijote* representaba para la crítica alemana el triunfo de la fantasía romántica. Al mismo tiempo, la mentalidad social iba abandonando la conciencia absolutista en aras de unos principios más democráticos. El pueblo, anteriormente conjunto de súbditos de un príncipe que ejercía, sobre ellos y sobre todo, la *potestas super omnia*, es decir, la soberanía absoluta, salía por sus fueros y proponía la supeditación del soberano a la voluntad popular. España había cumplido aquello que Kant formularía de manera paradigmática: “Lo que el pueblo no puede imponerse a sí mismo, menos puede imponérselo el soberano”, diría en su *Was ist Aufklärung*². A este respecto, y a pesar de ciertos episodios históricos, España había dado buenos ejemplos de comportamiento, vamos a llamarlo, predemocrático. Su profesión de fe “fuerista”, es decir, de adhesión a las leyes autoimpuestas, a los fueros populares empezó a ser conocida y valorada. Más de un romance hacía siglos que proponía como paradigma a un vasallo (!Dios que buen vasallo si oviera buen señore!, proclamaría el *Cantar* cuando se descubriera) que había obligado a jurar al rey su inocencia ante el pueblo en Santa Gadea; más tarde, los Comuneros habían tratado de impedir que el soberano impusiera su voluntad arbitraria al pueblo, precisamente un siglo antes de la rebelión de Cromwell contra el poder real y más de dos antes de que la Revolución Francesa guillotinara a un rey. Poco a poco, la España que, desde los grabados de Theodor de Bry que ilustraban las truculentas crónicas americanas de Benzoni³ a través de los panfletos de Antonio Pérez y hasta la historiografía de Voltaire, había sido el prototipo de un estado política y socialmente represivo, fue ganando simpatías en Europa a medida que se iban superando unas fuentes de información, las francesas, que habían utilizado la historia y la cultura, debidamente manipuladas, en la lucha por la hegemonía política a través de las simpatías que aquellas provocaban. El crítico francés Benassar ha constatado la injusticia con la que fue tratada España por parte de los ilustrados franceses.

Dicho de otra manera y con voluntad de síntesis: a lo largo del XVIII, la imagen de España se fue haciendo en el interior de la conciencia alemana más diversificada, más positiva, más contradictoria incluso. Se tradujeron romances y la historia de

² “Pero lo que ni siquiera un pueblo es capaz de decidir acerca de sí mismo, mucho menos puede decirlo un monarca respecto del pueblo”. Citado según versión on-line Projekt Gutenberg-DE *Was ist Aufklärung*. 1.1.2009.

³ Ver Duviols, J.P., *L'Amérique espagnole vue par l'Europe selon les récits de voyage de Cristoph Colombe a L. A de Bougainville* Paris: Promodis, 1985.

la literatura española de J. Ferreras; J. Bertuch editó una revista de literatura española y portuguesa, precisamente en Weimar, y Goethe, por no salir de esta ciudad, hizo representar algunas obras de Calderón (*El príncipe constante*, p. e, con ocasión de un aniversario de la Duquesa). Fr. Bouterwek dedicó un prolijo estudio al siglo de oro⁴ y en el espacio de cinco lustros aparecerían tres traducciones del *Quijote*. Es en este contexto, en el que poco a poco va surgiendo el hispanismo que durante un siglo, el XIX, tendrá en Alemania, antes que en Francia, su banderín de engache. Una serie de artistas (F. Lenbach), escritores (J. Auffenberg, E. Geibel, P. Heyse), humanistas de nuevo cuño (W. von Humboldt, F. Wolff, A. Schack), traductores (L. Braunfels, J. Fastenrath) y críticos (O. Walzel, E. R. Curtius, etc.) irán constituyendo un corpus de estudios y motivos hispánicos que cubrirán un amplio espectro temporal y genérico: desde la publicación de romances por parte de J. Grimm hasta las poetizaciones/ traducciones de Geibel o Heyse pasando por los estudios de filología vasca de W. von Humboldt o la reivindicación de Cervantes y de Calderón por parte de Fr. Schlegel. Si Schiller en su *Don Carlos* hacía de Felipe II el más temible de los padres y el más déspota de los soberanos, Fr. Schlegel convertirá a uno de sus paladines, el duque de Alba, en un dechado de las virtudes caballerescas y Herder, a poco de comenzar el siglo XIX, había rendido al Cid un tributo de creación poética con su *Cid*.

Pero la mayor parte de estos estudiosos hablarán y escribirán de oídas y leídas, pues nunca llegarían a viajar a España. En el corazón de los alemanes, nuestro país, en cuanto ámbito meridional, siempre ha tenido en Italia una pantalla. W. von Humboldt emprendería su viaje español como alternativa a un viaje italiano planeado pero imposible a causa de las guerras napoleónicas. Y muchos de ellos llegaron al tema español a través de la cultura italiana. Por eso, el archiduque Maximiliano de Austria, de viaje por España, se quejaría de que Goethe no hubiera venido a Valencia y Sevilla, pues así hubiera podido escribir con mayor conocimiento de causa su *Mignon*: “¿Conoces el país donde florecen los limoneros?” Esta falta de presencia física ha pesado negativamente más de una vez en las interpretaciones textuales o históricas de los hispanistas alemanes. Tieck, por ejemplo, traduciría el *Quijote* (1800), lo mismo que su antecesor Bertuch (1775) y su sucesor Braunfels (1867), sin haber estado nunca en España. Quizás a esto podría deberse el que, a la hora de traducir el topónimo “Puerto Lápice”, Tieck no pudiera distinguir entre un “puerto de mar” y un “puerto de montaña”: *Hafen Lápice*⁵.

⁴ Bouterwek, F., *Geschichte der Poesie und Beredsamkeit seit dem Ende des dreizehnten Jahrhunderts*. Gotinga: [s.e.] 1804. La obra tuvo el mérito de obtener una traducción al español ya en 1829, por José Gómez de la Cortina. Recientemente se ha reeditado de nuevo.

⁵ La presencia física *in situ* es un factor poco tenido en cuenta en los estudios de culturas extranjeras. Pero las consecuencias negativas que la falta de contacto inmediato con la realidad estudiada produce son evidentes. Con razón, Hugo Kehrer hacía alusión a la falta de conocimiento físico por parte de una investigadora del arte visigótico como causa de una opinión equivocada: “... ha equivocado enteramente el papel del arte visigótico en España. Como la autora desconoce España como me han asegurado y no ha visto los monumentos originales, es difícil una discusión con ella” (Kehrer 1960: 6).

3. El “viaje español” y la erudición

Sí es cierto que ese hispanismo incipiente fue el caldo de cultivo para que, si no una legión como a Italia, sí una cohorte de artistas, filólogos, poetas y críticos de arte velara sus armas de hispanistas en la Península durante temporadas más o menos largas que marcaron su pensamiento y los resultados de sus estudios. Sin llegar a la fuerza de atracción que ejerció –y todavía ejerce– el “grand tour” a Italia, el tour español, a partir de finales del XVIII, fue un punto de referencia importante para las ansias “exteriores” de los investigadores alemanes.

Desde finales del XVI, desde el viaje del estudiante Kuelbis, hasta finales del XVIII habían sido pocos los viajeros alemanes que vinieron a la Península impulsados por la curiosidad, por la extrañeza o por el deseo del estudioso. Andreas Schott, jesuita flamenco, como excepción, fue un transpirenaico que en el lejano siglo XVII había rendido un servicio inestimable a la causa hispana con su *Hispania Illustrata*. Hubo artistas alemanes a los que la monarquía española sirvió de mecenas; colonos e ingenieros que se establecieron en España o militares que sirvieron en cuerpos españoles o extranjeros en nuestro país. Mengs⁶, p. ej., permaneció varios años en Madrid, aunque sin manifestar otro interés que no fuera el económico.

Pero en general las letras alemanas no habían sentido, casos individuales aparte, mayor interés por el viaje español. Fue a partir de 1800 y, en parte, por influencia de esta nueva predisposición hacia nuestra cultura que surge en Gotinga y, en parte, en Weimar (Bertuch, Wieland, Musäus, etc.) cuando empiezan a aparecer por la Península viajeros alemanes movidos bien por el deseo de conocer las gentes y los espacios exóticos del *finis terrae* europeo sobre los que harán versar sus reflexiones; bien por el deseo de manejar los textos que les sirvieran de prueba para las hipótesis críticas que después desarrollarían, bien por la necesidad de recuperar jirones de la propia historia en tierras peninsulares. En este intento, incluso algunos vendrán con la intención de establecerse entre nosotros y de España harán su morada temporal o definitiva. Lo que sigue es una mínima mención de los más destacados miembros de esta *intelligentsia* alemana que en cierto momento convirtieron nuestras tierras en meta de sus intereses cognitivos o investigadores.

4. Escritores, filólogos y eruditos

En avanzadilla de todos estos eruditos e intelectuales, llegarían, aparte de otros viajeros que no manifestaron mayores intenciones de investigación o declaradamente eruditas, los hermanos Humboldt, cada uno de ellos con sus propósitos, pero ambos con la intención común de recoger en los espacios y ambientes hispanos documentos, impresiones, impulsos y conocimientos: el uno de carácter filológico;

⁶ Aunque nacido en Bohemia y de origen danés, es considerado pintor alemán por haber residido y trabajado mayormente en Alemania. Sus dos estancias en España (1761-1770 y 1773- 1777) fueron de gran productividad.

el segundo, Alexander, de carácter científico. El mayor, Wilhelm (1767-1835), en su primer viaje (1799) recorrerá de punta a cabo la Península: del País Vasco a Valladolid, Segovia y Madrid, donde permanecerá el invierno después de haber sido recibido por el rey Carlos IV en El Escorial; de ahí emprenderá viaje al sur y, después de visitar Córdoba, Málaga y Granada, subirá por el Levante hasta Barcelona y Montserrat. Cuando salga por La Junquera se llevará, aparte de numerosos encuentros e impresiones que volcará en su *Diario de viaje*, los contactos que al año siguiente le permitirán repetir estancia –esta vez sólo en el País Vasco– por dos meses para profundizar los fundamentos de su teoría acerca del origen de la enigmática lengua de sus aborígenes. Sea cierta o no, la teoría que propondrá en la obra que pasa por ser una de las fundadoras de la filología vasca⁷, no deja de tener interés y atractivo: el vasco sería, a juzgar por similitudes fijadas contrastivamente con topónimos extendidos por toda la Península y aledaños, una lengua propia y primigenia de la región mediterránea que habría ido cediendo terreno ante las oleadas de invasores que pasaron por la Península para acabar refugiada en las montañas del País Vasco. Junto a esta aportación, las informaciones acerca del arte y la erudición españolas que transmitió a sus corresponsales alemanes fueron también importantes. La posterior orientación italiana de sus aficiones, donde llegaría a ser embajador ante el Vaticano, borraría las impresiones españolas y las buenas intenciones que en cierto momento albergó frente a nuestro país.

Su hermano Alexander (1769-1859), en su intento de crear la imagen total del mundo físico, que todavía la ciencia no había conseguido, escogerá –al contrario de Goethe, quien tras las huellas de la *Urstein* o piedra primigenia de la que habría surgido todo, escogió Sicilia como tierra prometida que supuestamente guardaba los secretos del mundo físico– el mundo hispano de América como el entorno que más acercaría cognitivamente al ser humano al prístino estado del Planeta tras la creación. Para preparar su expedición investigadora, que duraría varios años, permaneció varios meses en Madrid antes de partir de La Coruña hacia Canarias y de allí a Cumaná, en Venezuela. En Madrid, donde en marzo de 1789 había sido presentado al monarca, quedaría impresionado por la complacencia con la que Luis de Urquijo, ministro de Carlos IV, acogió su propuesta de viajar a los países hispanos. Los impulsos que le movían a una aventura, tan arriesgada desde todos los puntos de vista, eran “las ganas de hacer botánica, el estudio de la geología”. En América permanecerá casi cuatro años y el producto de ello será los relatos de su *Viaje a las tierras equinocciales*, que redactará en francés, entonces lengua franca de la cultura.

Sus impresiones españolas están recogidas en las páginas iniciales del relato de su viaje y no dejan de tener un gran interés a pesar de la brevedad. Cuando desde Valencia suba a la meseta, al igual que había hecho su hermano al pasar la Bureba burgalesa, relacionará las sensaciones paisajísticas con su acendrado sentido, quizás sentimiento, geológico: “La meseta central española resistió el embate de las poderosas aguas hasta que éstas desaguaron gracias al estrecho abierto entre las colum-

⁷ Von Humboldt, W., *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Spaniens mittelst der vasischen Sprache*. Berlin: Dümmler 1821.

nas de Hércules, de tal manera que el Mar Mediterráneo bajó su nivel y paulatinamente se desecaron, por una parte, el Bajo Egipto y, por otra, las llanuras de Tarragona, Valencia y Murcia”⁸.

Hecho a la mar, durante una breve escala de seis días en Tenerife, aprovechará para ascender al Teide y describir y anotar todas las peculiaridades del paisaje, flora y fauna de la isla, anotaciones que constituyen un testimonio inapreciable de la naturaleza del Archipiélago. En una carta a Freiesleben desde la Coruña, al tiempo que le manifestaba su ilusión por verse próximo a realizar el sueño mantenido desde su infancia –viajar por los espacios poco visitados por los europeos– le confesaba el motivo, la conciencia moral bajo la que ponía su empresa americana, a saber la búsqueda de lo bueno y lo grandioso.

Contemporáneo y corresponsal de los dos sería Juan Nicolás Böhl de Faber (1770-1836), industrioso empresario alemán involucrado, a principios del XIX, en negocios de vino en Andalucía y cónsul del rey de Prusia en Cádiz. Aparte de dar vida a la que sería célebre escritora del costumbrismo español Fernán Caballero, Böhl de Faber fue un entusiasta estudioso de nuestra literatura, llegando a publicar colecciones de romances. También fue el iniciador del movimiento romántico español al representar en España la corriente que entonces hacía furor en Alemania. Desde una actitud tradicionalista, provocó la disputa en torno al romanticismo y al valor de la cultura de nuestro Siglo de Oro. Imbuido de las ideas de los Schlegel sobre el carácter romántico de nuestra cultura, intentaría propagar su ideario desde *El Mercurio Gaditano*, dando origen a una nueva y más modesta versión de la célebre “querelle des anciens et modernes” (“querrela entre antiguos y modernos”), que durante los siglos XVII y XVIII había sacudido la estética europea. José Joaquín de Mora, retoño de una Ilustración que había llegado con retraso, intentó oponer su visión negativa del Siglo de Oro. Huelga decir que el intento de Mora y Alcalá Galiano iba, aunque pretendía defenderla, contra la Ilustración misma y contra el pulso de la época. Obviamente, el romanticismo acabaría saliendo por sus fueros, no en último lugar, gracias a la labor de mediación que de las teorías de los hermanos Schlegel desarrolló Böhl de Faber.

A estos tres adelantados del interés hispano les seguiría una serie de intelectuales de la más diversa procedencia profesional, sobre todo filólogos, arqueólogos, historiadores y, por supuesto, también algunos artistas que como, Lenbach o Bamberger, escogieron como complemento o alternativa a una Italia, apabullante por su imagen, una España más exótica por desconocida.

De entrada digamos que casi hasta nuestros días, ningún escritor alemán de talla se dignó o pudo venir a España, ni siquiera los más hispanófilos, tales como Wieland, Eichendorff o Tieck. Los escritores de habla alemana que visitaron nuestro país quizás se podrían contar con los dedos de una mano y, si exceptuamos a Rilke, Stefan George, Hermann Bahr, Kisch o Reinhold Schneider, no son ni de primera ni segunda fila. Joseph von Auffenberg (1798-1857), fue una estafalaria personalidad del romanticismo meridional alemán, que, después de probar suerte literaria con un

⁸ Von Humboldt, A., *Reise in die Äquinoktial-Gegenden des Neuen Kontinents*. Fráncfort: Insel 1999.

drama de tema español (*Pizarro*), se llegaría a la Península con el objeto de visitar Andalucía. En Valencia, sin embargo, sería asaltado y malherido, por lo que más tarde legaría sus bienes al hospital valenciano en el que las hermanas de la caridad habían salvado su vida... a excepción de mil florines que reservó para su perro. Fastenrath, de quien hablaremos más adelante, no careció de talla literaria, aunque fue un segunda o tercera serie. Más tarde, ya en el siglo XX, Rilke pasó por nuestro país tras las huellas de El Greco y nos dejó un enjundioso epistolario; Stefan George, el pontífice del modernismo literario alemán, estaría un mes en 1889 haciendo un breve recorrido español que le llevó de Madrid a Toledo, Valencia, Elche y Murcia. La productividad de esa estancia es escasa y, si excluimos algunas traducciones/imitaciones/inspiraciones de San Juan, Campoamor o los romances (el de Abenamar), poco más podemos señalar y resulta escasísimo si lo comparamos con los efectos que en él tuvieron sus viajes por Francia o Italia (fue traductor de Mallarmé, de la *Divina Comedia*, etc.). Bien es verdad que logró una cierta empatía con nuestra lengua, ya que llegó a componer algún poema en un idioma “romance” *sui generis*, es decir, de propia creación en el que predominan los elementos morfosintácticos españoles.

Algunos otros escritores (E. E. Kisch, p.e.) vinieron a España enmarcados en los grupos de apoyo a la República en el curso de la Guerra Civil. Más de uno de ellos, recogió en diarios o cartas sus impresiones españolas. A estos habría que añadir las aportaciones críticas de otros escritores que, viajeros más o menos incidentales, han escrito o guardado sus recuerdos en forma de libro o de ensayo español. El exquisito conde Keyserling mantuvo en Formentor tertulias para un público no menos exquisito, pero que mayormente ignoraba nuestra cultura⁹, y R. Schneider (1926-1958), cuyo viaje a España le supuso la liberación de su angustia y desesperación, tal y como confesaría en *Verhüllter Tag*¹⁰, cultivaría ocasionalmente el tema español: *Bartolomé de las Casas* y *Carlos V* o *El rey de Dios* son dos obras que merecen visitarse. Más recientemente, en su viaje español, E. Jünger se limitó a aceptar unos honores institucionales que le sirvieron para entrar en contacto con un país que mayormente desconocía, pero que ya no pudo explotar.

En cualquier caso, casi todos ellos fueron más bien adictos a aquel “viaje sentimental” que Lawrence Sterne había puesto en circulación a finales del XVIII. Y este tipo de viaje, ya se sabe, no es estancia ni permanencia. Su rasgo definitorio es lo momentáneo. Puede producir sugerencias, impresiones, imprecisiones, no trabajos o estudios. En resumidas cuentas: estos artistas no produjeron nada comparable con la atracción que Italia o Francia ejercieron sobre los escritores alemanes, empezando por Goethe, y con la productividad que este atractivo provocó, desde el *Tasso* de Goethe a la *Arrabiata* de Heyse o el *Stellvertreter* de Hochhut. Cuando los grandes utilizaron la imagen española (Schiller o Goethe, p.e.), observaron ésta desde su parte más negativa.

⁹ En su correspondencia no hay mayores alusiones a personalidades de nuestra cultura.

¹⁰ Schneider, R., *Verhüllter Tag*. Freiburg: Herder 1959; *Bartolome de las Casas* y *Carlos V*. Barcelona: Edhasa 1991; *El rey de Dios*. Barcelona: Belacqua de Ediciones y Publicaciones 2002.

Si los escritores alemanes prohispanos fueron de poca talla o nos prestaron poca atención, los críticos nos la concedieron de sobra. Hacer una mención de todos ellos exigiría mayor espacio del que disponemos en esta ocasión. Valga pues el cometa-rio de los rendimientos más destacados de sus investigaciones hispánicas.

Quizás, el más destacado de todos los críticos alemanes de nuestra cultura sea el mecklenburgués Adolf von Schack (1815-1894), que viajará a nuestras tierras para estudiar *in situ* las literaturas española e hispano-árabe. Fruto de sus repetidas estancias (en los años 38, 46, 52, 53, 55, 62, 65, 68 y 73) y de sus estudios serían *La historia de la literatura y del arte dramático de España*¹¹, obra que ya se tradujo al español en 1865, el mismo año en que aparecía otra de sus obras, *La poesía y el arte de los árabes en España y Sicilia*¹², la que más celebridad le daría en España. La discusión que provocó con Juan Valera, que acabó, si no en tablas, sí en paces, al traducir éste la obra del alemán, le hizo un personaje de gran renombre en nuestro país. El autor de *Pepita Jiménez* traduciría la obra de Schack¹³ anteponiendo una advertencia en la que, al tiempo que señalaba ciertas diferencias de opinión frente a las del autor, reconocía que Schack había escrito el libro movido por un gran amor a España. La obra sería editada recientemente por Hiperion. Reconocido en su patria como gran erudito, Schack actuaría como ministro del Ducado de Mecklenburgo, llegando a fundar en Múnich una pinacoteca que lleva su nombre y que recogió, entre otras cosas, no pocos testimonios pictóricos con motivos hispanos de la época.

Unos años más tarde, en 1864, viene a España J. Fastenrath (1839-1908), quizás el más ferviente hispanista, representante de una hispanofilia militante, actitud ésta que él proponía como necesidad inmediata en Alemania. “No sólo necesitamos hispanistas, sino también hispanófilos”, llegaría a decir. En su primer viaje permanecería cuatro meses en España y posteriormente repetiría la empresa en varias ocasiones (1869, 1879, 1881). A partir de ahí desarrolló una peculiar labor de traducción de obras literarias españolas que ponía bajo interesantes títulos exotizantes (*Inmortalen aus Toledo, Hesperische Blüten*) y de investigación de filología española y catalana, llegando incluso a escribir en español su *Walhalla*¹⁴, obra con la que pretendía dar a conocer a los españoles los grandes nombres del panteón literario alemán. Inmerso en la realidad cultural de nuestro país, supo relacionarse con importantes figuras de la misma, tales como José del Castillo o el compositor F. Barbieri. La Real Academia de la Historia le nombró miembro correspondiente y el Estado español le otorgaría la Gran Cruz de Carlos III. El efecto más decisivo de esta su labor prohispanica sería la fundación del premio que lleva su nombre y que concede la RAE desde 1909. Prestigiosos autores españoles como J. M. Cossío, A. M. Matute, J. Juaristi, y un largo etcétera quizás hayan experimentado con él o bien un pequeño impulso hacia la fama o bien una sanción de la misma.

¹¹ Von Schack, A., *Geschichte der dramatischen Literatur und Kunst in Spanien*. Berlín: Verlag von Duncker U. H. 1845.

¹² Von Schack, A., *Poesie und Kunst der Araber in Spanien und Sicilien*. Berlín: [s.e.] 1865.

¹³ Von Schack, A., *La poesía y el arte de los árabes*. Madrid: M. Rivadeneyra 1867-1871.

¹⁴ Fastenrath, J., *La Valhalla y las glorias de Alemania*. Madrid: Aribau y C^a 1874-1879.

Ludwig Pfandl (1881-1942), hispanista de la escuela de Vossler, estaría repetidas veces en España para atender los numerosos asuntos de sus investigaciones sobre literatura¹⁵ o historia españolas (estudios sobre Carlos II, Juana la Loca o Felipe II). Su *Spanische Kultur und Sitte des 16. und 17. Jahrhunderts: eine Einführung in die Blütezeit der spanischen Literatur und Kunst*¹⁶ tiene la validez que le da el profundo conocimiento de nuestra cultura por parte del autor.

En época reciente no han sido escasos los alemanes que se han radicado en nuestro país en aras del ejercicio de una profesión, la enseñanza universitaria, que en algunos casos les ha hecho conacionales nuestros. Hans Juretschke, fallecido en 2004, es buen ejemplo de estos profesionales de la investigación hispanista que abandonaron su tierra alemana para desarrollar su currículum entre nosotros. Tras haber estudiado en Bonn con E. R. Curtius, se estableció en Madrid. Desde la dirección de la sede española de la Sociedad Goerres en esta ciudad, su vida estuvo dedicada a la investigación de la historia y literatura españolas de los siglos XVIII y XIX. Sus trabajos sobre Lista, los afrancesados y Menéndez Pelayo son obras clásicas de la investigación hispanística. Los casi 200 artículos sobre temas tales como el romanticismo español, Fr. Schlegel y su recepción en España, la mediación francesa en la recepción de la cultura alemana, o la influencia de Böhl de Faber en el romanticismo español le hacen acreedor del respeto por parte de afamados hispanistas. No menor mérito suponen sus largos años de enseñanza en la Universidad Complutense, en la que logró introducir la especialidad de Filología Alemana, siendo, junto con Feliciano Pérez Varas en Salamanca, recientemente desaparecido, promotor de los estudios de Germanística en España. De él fueron alumnos, o incluso discípulos, personalidades de la Filología Alemana tales como M.T. Zurdo, J. Cerrolaza y muchos otros. Hoy en día, cuando estos estudios se ven amenazados por la incomprensión de unas autoridades de talante tecnocrático, sería cuestión de apelar al ejemplo de los que nos ha precedido para intentar preservar unos estudios de los que como país civilizado no podemos prescindir. Los congresos interdisciplinares sobre historiografía, la imagen de España en la Ilustración alemana o sobre el Romanticismo europeo fueron, al igual que la publicación de los despachos de los embajadores de la Corte vienesa en Madrid, rendimientos científicos o documentales que obligarán a tenerle en cuenta en los trabajos de la especialidad. Su calidad de miembro correspondiente de la RAE, a pesar del carácter tan aleatorio que tiene la pertenencia a esta, supuestamente, docta institución, estuvo basada en una valía indiscutible. Su compromiso obligado (desde la embajada en Madrid y en asuntos de política cultural) con el régimen de la Alemania nazi no debe ser óbice para reconocerle los méritos rendidos en el ámbito de su especialidad, sobre todo a estas alturas en las que hemos sabido calibrar el no menos obligado, pero no menor, compromiso con el régimen que tuvieron autores como Ernst Jünger, Max Kommerell o

¹⁵ Pfandl, L., *Beiträge zur spanischen und provenzalischen Literatur*. Bayreuth: Ellwanger 1915.

¹⁶ Pfandl, L., *Spanische Kultur und Sitte des 16. und 17. Jahrhunderts: eine Einführung in die Blütezeit der spanischen Literatur und Kunst*. München: Josef Kösel & Friedrich Pustet 1924. Su valor le ha merecido una reciente publicación en España (1994, Visor).

Günther Grass, arquitectos como Mies van der Rohe, políticos como Helmut Schmidt o, a la inversa, la implicación de tantos escritores de talla o de eruditos con los regímenes dictatoriales de izquierdas. En más de una ocasión se le pretendió eliminar de la vida pública española por parte de un periodismo amarillo que entiende más de sensacionalismo que de la cosa en sí.

Otra personalidad alemana en nuestro país, también de reciente desaparición y evidente trascendencia en nuestras letras, es la de Klaus Wagner. Llegado a España en unos momentos, los años sesenta, en los que se iniciaban los estudios de Germanística en nuestras universidades, tras permanecer cuatro años en Madrid, sería lector de esta lengua en la Universidad de Sevilla, en la que pasó a desempeñar docencia como profesor titular en el área de conocimiento de su especialidad, la literatura española. En este ámbito destacó como estudioso de la historia de la imprenta en España, un tema de gran trascendencia para el perfil histórico de nuestras letras, sobre todo en las épocas iniciales de nuestro Siglo de Oro que dependieron sobremanera de la técnica de la impresión hacía poco transplantada de Alemania a España (por impresores como los Cromberger, p.e.). Estos estudios se vieron recompensados con el nombramiento de miembro de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Frente a estos hispanófilos cabría mencionar, por defecto, a muchos otros hispanistas que, como en el caso de algunos escritores que ejercieron de hispanizantes, desarrollaron su actividad sin haber mostrado mayor propensión a las tierras cuyas culturas y lenguas representaban. Mención especial por su actitud especialmente negativa frente a nuestro país merece el romanista Victor Klemperer, célebre estudioso de los usos lingüísticos del Tercer Reich. De origen judío, lograría sobrevivir al Holocausto gracias al terrible bombardeo de Dresden de 1944. Profesor de Romanística en la universidad de esta ciudad, en los años 20 tuvo que hacer una estancia obligada en nuestro país para aprender de urgencia un español que desconocía antes de hacerse cargo de manera inmediata de la docencia pertinente. Su viaje a España, recogido en sus memorias *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum – Tagebücher 1919–1932*¹⁷, daría testimonio del desagrado que en muchas ocasiones ha producido en la percepción alemana nuestra peculiar cultura. Su actividad de investigación con referencia a la misma fue nula. Valga aquí esta mención por lo que de valor cero tiene en la historia de la Hispanística un erudito que tuvo que representarla.

5. Historiadores y arqueólogos

Desde siempre a los profesionales alemanes de la investigación histórica, nuestro país les ha dado que hacer, reflexionar e investigar. Los trabajos de Schiller sobre la rebelión de los Países Bajos es buen testimonio de ello. Entre los historiadores

¹⁷ Klemperer, V., *Leben sammeln, nicht fragen wozu und warum – Tagebücher 1919-1932*. Berlín: Aufbau 1996.

alemanes que han pasado largas temporadas en nuestro país, cabe destacar al profesor de la Universidad de Rostock E. H. J. Schaefer, quien tras repetidas y continuadas permanencias a finales del siglo XIX en nuestro país, logró sacar a la luz una documentación interesantísima para trazar el perfil histórico de la Inquisición y del protestantismo españoles: *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition*. El trabajo, según confiesa el autor, realizado “según las actas originales de Madrid y Simancas”, debía constituir “una nueva piedra para un nueva exposición integral”¹⁸.

Esta obra, producto de repetidos viajes, promovidos y apoyados “mit Munificenz” por la Academia de las Ciencias de Prusia, supone con sus 1.700 páginas, además de una primera e ingente labor de investigación, una segunda de traducción, pues, en contra del uso normal, como advierte en su prefacio, el desconocimiento de la lengua castellana (“el sonoro y hermoso lenguaje de Castilla”) que imperaba en Alemania le habría obligado a dar los documentos en lengua alemana traduciendo los pasajes de las actas de la Inquisición que utilizaba como argumento o prueba. Tras dedicar un amplio estudio al funcionamiento del llamado Santo Tribunal, estudió con detenimiento, mucho antes de que Marcel Bataillon lo hiciera en su obra clásica sobre el tema *Erasmus en España*, los círculos cripto-luteranos de Valladolid y Sevilla. Escrita en un momento en el que las tendencias ecuménicas todavía no se divisaban en el horizonte de las relaciones interconfesionales, la obra pretendía guardar el término medio en sus enjuiciamientos. Por eso, el autor temía que, mientras para algunos pudiera resultar condescendiente (“nachsichtig”), otros pudieran considerarla muy dura.

Quizás la rama de la investigación que más inmigración ha producido a nuestro país ha sido la arqueología, extremo, por otra parte, fácilmente colegible. Mientras los filólogos o los críticos de arte pueden hacerse con la documentación necesaria sin necesidad de desplazarse *in situ*, el historiador y sobre todo el arqueólogo trabajan sobre el terreno. Y a este respecto hay que decir que la contribución de los alemanes a las excavaciones y museos españoles ha sido de las más importantes. Adolf Schulten (1870-1960), catedrático en la hispanófila universidad de Gotinga y más tarde en Erlangen, había sido becado, ya a finales del siglo XIX, por el gobierno alemán para desplazarse a España, donde trabajó primeramente sobre las ruinas de Numancia, después de haber permanecido largos periodos en nuestro país. En Múnich publicaría en 1914 el resultado de sus investigaciones en *Numantia. Ergebnisse und Ausgrabungen*¹⁹. Más tarde se dedicaría a estudiar la cultura de Tartessos, el cuadro político prerromano de la costa atlántica peninsular. Empeñado en identificar la localización de la misma, sus excavaciones aportarían resultados, si bien no pretendidos, sí enriquecedores de la imagen cultural de nuestra Península antes de la dominación romana. Su obra sobre Tartessos²⁰ es clásica y fue la causa de muchos

¹⁸ Schäfer, E. H., *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition*. Gütersloh: Bertelmann 1902, V.

¹⁹ Schulten, A., *Numantia. Ergebnisse und Ausgrabungen*. Múnich : Bruckmann 1914.

²⁰ Schulten, A., *Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens*. Hamburg: Friedrichsen 1922.

otros trabajos posteriores que llevaron, entre otros, al descubrimiento del tesoro del Carambolo. Sus teorías al respecto –la cultura de Tartessos se debería a un pueblo de origen oriental que habría perecido con la llegada de los cartagineses a España– han sido superadas por las investigaciones posteriores a las que, sin embargo, sirvió de modelo.

Por las mismas fechas en las que Schulten trabajaba en España, Hugo Obermaier (1877-1946), ilustre historiador de nuestra prehistoria, pasaba largas temporadas entre nosotros. Sacerdote secular, la Guerra Europea le sorprende en Madrid donde se establecería al ser nombrado profesor de la Universidad Central. Nacionalizado español, en Madrid publicaría *El hombre fósil*²¹, en 1916, y realizaría trabajos acerca de la cerámica de tipo Elche-Archena. Otra guerra, esta vez la Guerra Civil española, le sorprendería mientras se encontraba en Oslo, lo que le impidió volver a España, aceptando un puesto de profesor en Friburgo de Suiza. Desde 1951 una “asociación para la investigación de las glaciaciones y sus culturas” lleva su nombre.

Por su parte, la fundación y la posterior institucionalización de la filial del Instituto Arqueológico Alemán en Madrid²² supuso el establecimiento de varios investigadores alemanes en la capital. Su primer director fue Helmut Schlunk (1906-1982), a partir de 1942. Cerrado el Instituto tras la Guerra, se reabría en los años 50. Este investigador enseñaría en la Universidad de Valencia y sería miembro del CSIC. Obtendría sus experiencias en las estancias iniciadas entre 1928 y 1932. Sus estudios e incluso trabajos de restauración de los murales del arte asturiano, ayudado por H. Schubart y Theodor Hauschild, este último residente que investigó la Tarragona romana, le hicieron una figura destacada en la arqueología en España. En los años 60 surgieron, en parte gracias a sus esfuerzos, las *Madridrer Mitteilungen*, en las que publican muchos profesionales de la arqueología cuyos trabajos se basan en trabajos *in situ*. Por su parte las *Madridrer Forschungen* son publicaciones monográficas que edita el mismo Instituto.

6. Artistas y críticos de arte

Tampoco faltaron artistas alemanes que, aunque no fueron ni mucho menos numerosos, a ejemplo de los franceses que perseguían en España un orientalismo exótico (Delacroix, por ejemplo), pasaron los Pirineos en busca de inspiración. Pioneros de todos los que emprendieron el “viaje español” como materia de inspiración serían los muniqueos Wilhelm Gail (1804-1890) y Friedrich Bamberger (1814-1873), quienes, además, fueron los que más acendrada afición demostraron a nuestro país. El primero vendría en 1832 después de haber agotado su inspiración en largas estancias en Italia. Eran los años en los que los nazarenos habían propagado la

²¹ Obermaier, H., *El hombre fósil*. Madrid: Museo de Ciencias Naturales 1910.

²² Fundado en Roma en 1829 por Stackelberg, se trasladó a Berlín pocos años después y tiene sedes extranjeras en Atenas (1874), El Cairo (1907) y otras metrópolis de la arqueología.

nostalgia por el Sur europeo y en Múnich surgía un círculo de poetas que también volvían su mirada a España como fuente de inspiración. Tras un año de recorrido por nuestro país, principalmente por Andalucía y Madrid, al regresar a Alemania publicaría las anotaciones recogidas en su viaje²³. Los bocetos realizados en el viaje encontraron gran aceptación por parte del público alemán que vio en ellos el “imperio de la fantasía típico de la vida árabe española”²⁴. Por su parte, Fritz Bamberger nos visitaría en varias ocasiones (1846, 1849-50, 1857 y 1868), la última de ellas bajo la tutela y compañía del anteriormente mencionado Schack y la compañía del posterior retratista y *Malerfürst* de la época bismarckiana Franz von Lenbach (1836-1904). Sus paisajes y vedutas, en el estilo de la pintura *au plein aire* de Barbizon, dan testimonio en los museos alemanes, en concreto en la Schackgalerie, de que España fue fuente de inspiración artística en una época en la que desde Goethe y los nazarenos, con sus paisajes y vedutas de la costa amalfitana, Italia había oscurecido el “otro sur”, es decir, el sur español. Por su parte, Franz von Lenbach a lo largo de ese viaje pintaría por encargo del conde Schack, al que acompañaba, copias de los maestros antiguos, de Velázquez y otros, amén de pintar diversos paisajes y vedutas. Sus cuadros de la Alhambra son testimonio de ese exotismo hispanista que cursó *sotto voce* en Alemania.

En todo caso, otros pintores que visitaron nuestro país (C. W. Heideck, H. Marés, J. Isräel o Leibl, por ejemplo) no parecen haber experimentado más que un sarpullido de afición hispana que no se puede comparar con la que provocó Italia en un Boecklin o en un Franz von Stuck. En la escultura, la realidad española que el renano Wolf Vostell (1932-1998) –uno de los grandes creadores del *happening* como forma de expresión de la modernidad– ha podido experimentar durante su larga permanencia en las penillanuras de Malpartida de Cáceres, no parece haber marcado sus formas expresivas.

No mucho más numerosos fueron los críticos de arte que acudieron a la cita con nuestro país del arte. El primero que se decidió por España fue Johann David Passavant, pintor francofortiano que pasaría varios meses en España y transmitiría los primeros informes de primera mano sobre arte español (*Die christliche Kunst in Spanien*²⁵). Más tarde sería inspector del museo Stadel de Fránckfort, en un momento en que los alemanes, desde Burckhart a Gombrich, pasando por Wölfflin o Panofsky, estaban fundando los principios de la teoría. Este, como alguno de los que mencionamos a continuación, vino inicial y mayormente motivado más por el arte europeo que se había desarrollado en nuestro país (los flamencos y alemanes del Renacimiento, por ejemplo) que por el arte propiamente español.

Carl Justi (1832-1912), profesor de historia del arte en Bonn, estaría en diez ocasiones a lo largo de veinte años en nuestra Península. También en este caso su afe-

²³ Gail, W., “Wilhelm Gails Reise in Spanien in den Jahren 1832 und 1833”, *Bayerische Annalen*. Múnich: [s.e.] 1833.

²⁴ Ver Gebauer, A., “Wilhelm Gail und Friedrich Banberger”, en: Noehles-Doerk, G., *Kunst in Spanien im Blick des Fremden*. Fránckfort: Vervuert 1996, y Gebauer, A., *Spanien-Reiseland deutscher Maler 1830-1870*. Petersberg: Michael Imhof 2000.

²⁵ Passavant, J. D., *Die christliche Kunst in Spanien*. Leipzig: Weigel 1853.

ción española es consecutiva a su estancia en Italia, donde estuvo dos años. La motivación de su viaje habría sido rebuscar, según Osterkamp, en una cultura más prístina y arcaica. Como afirma Karin Hellwig, estudiosa del viaje de Justi a España, Italia había producido una gran literatura de teoría artística entre los alemanes, mientras que España estaba todavía por descubrir. Ambas Castillas y Madrid, donde estuvo en 1881 y 1882, regiones en las que, por cierto, se concentra la mayor proporción del patrimonio histórico español, serían las metas de sus repetidos viajes. Inicialmente lleno de prejuicios, iría descubriendo y admirando las esencias específicas del arte español, aunque Italia seguiría siendo el foco de sus nostalgias. Sus trabajos fundamentales serían una monografía sobre Velázquez y otra sobre Murillo. Sus *Cartas del viaje a España*²⁶ aportan pistas sobre las vivencias que han podido basar sus juicios. Aunque llegó a destacar la superioridad en ciertos aspectos del arte español, éste no desplazó su afición italiana. En Alemania supo poner de manifiesto las deficiencias que sus galerías manifestaban *in puncto* coleccionismo de arte hispano.

A Justi le seguiría Julius Maier Graefe (1867-1935), quien junto a la infinidad de monografías y estudios críticos sobre los más diversos pintores del arte europeo (Cezanne, Boecklin, Marées, Rodin, etc.), redactó, como único mérito hispano, las impresiones viajeras de un *Viaje a España*²⁷, que tendría que editar dos veces, dado el éxito. Había venido a España siguiendo las trazas del impresionismo velazqueño. Cuando llegó a El Prado, se sintió decepcionado y se convirtió en admirador de la estética de nuestro artista cretense. Sin embargo, su influencia propagandística con referencia a nuestro arte ha sido menor, ya que no dedicó ningún estudio al mismo. Posiblemente el contacto con Hofmannsthal y Rilke, entonces secretario de Rodin –con ambos mantendría correspondencia– pudo provocar que el segundo se llegara a Toledo, en el invierno de 1909, tras las huellas de El Greco.

Hugo Kehrer (1876-1967) ha sido otro crítico alemán de talla que dedicó grandes esfuerzos de investigación al arte español. Inició su carrera hispánica con un viaje en 1910. Sus estudios de historia del arte español le harían considerarse el más experto conocedor de El Greco junto con Justi. Así lo afirma al menos en la obra que mencionamos abajo. Tras la Guerra Europea, enseñó en Múnich historia del arte español, llegando a ser académico de la Real Academia de la Historia en 1926, honor que se le concedió en vista de los temas de sus trabajos científicos orientados mayormente al arte español: sus *Spanische Kunst von Greco bis Goya*, *Die Kunst des Greco*, o *Francisco Zurbarán* son obras clásicas en la crítica artística. No deja de ser meritorio uno de sus últimos trabajos *Alemania en España. Influjos y contactos a través de los siglos*²⁸. El título alemán de esta última obra reivindicaba más claramente los lazos de dependencia: *Beziehung, Einfluss und Abhängigkeit*.

Finalmente, Georg Weise (1888-1978), profesor de historia del arte en Tubinga desde el año 21, realizó numerosos viajes a España, sobre todo por Castilla, para estudiar detalladamente el arte español, publicando en 1925 *El arte español de siete*

²⁶ Justi, C., *Cartas del viaje a España*. Bonn: Cohen 1923.

²⁷ Meier Graefe, J., *Spanische Reise*. Berlín: Fischer 1910.

²⁸ Kehrer, H., *Alemania en España. Influjos y contactos a través de los siglos*. Madrid: Aguilar 1966.

siglos²⁹. Su falta de compromiso con el régimen nazi le planteó más de una dificultad social³⁰.

7. La investigación hispánica en la Sociedad Goerres

Una fuente particular de interés hispanista fue la promovida en el ámbito de la Sociedad Goerres, fundada en 1837 para promover el estudio e investigación de la cultura de inspiración cristiana en una época, la del *Kulturmampf*, que hacía del catolicismo la materialización del pensamiento reaccionario. Con varias sedes y puntos de referencia, esta institución dio expresión a esa ansia de proyección al exterior que manifiesta la clase culta alemana. Promotor de los estudios hispánicos en la Sociedad Goerres fue Heinrich Finke. Historiador de la Iglesia y rector de la Universidad de Friburgo, desarrolló una brillante carrera científica que se puso en entredicho al acabar la Guerra Mundial por su ausencia de oposición al régimen nazi cuando había presidido su universidad. Sin embargo, esto no desmerece sus méritos científicos que fueron enormes en las materias que ejerció durante su vida.

Otro gran investigador fue Johannes Vincke, uno de los motores de la hispanística practicada desde la Sociedad Goerres. El sacerdote Vincke desarrolló su actividad desde la situación intelectual que le proporcionaba su triple doctorado y su profesorado en Friburgo de Brisgovia, universidad en la que coincidió con Martin Heidegger y de la que llegó a ser, como H. Finke, rector. Habiendo permanecido dos años en el Archivo General de la corona de Aragón (1928-1930), reuniría una documentación que fue elaborando y utilizando en numerosos trabajos a lo largo de su vida. La historia de la iglesia aragonesa así como las relaciones hispano-alemanas fueron tratadas en un centenar de artículos de diverso formato. Si bien le faltó la gran obra, sus contribuciones periódicas y constantes y sus artículos en revistas especializadas, sobre todo en las *Spanische Forschungen der Goerres Gesellschaft*, supusieron una voz que hacía resonar en círculos católicos europeos, bien en español, en alemán o en catalán, episodios de nuestra historia: el culto a San Jorge en Cataluña durante la Edad Media, la intervención de los reyes de Aragón en la elección del abad de Montserrat, etc.

Para cerrar esta breve reseña de la investigación goerresiana en España, diremos que a través de la interacción de la sede de la sociedad en España (en Madrid) y de la publicación de las *Spanische Forschungen* en Münster ha salido un corpus documental y crítico de hispanismo que pocas otras naciones han conseguido. Divididas en dos series, una dedicada a estudios misceláneos de la historia cultura española y una segunda dedicada a monografías, estas *Spanische Forschungen* han tratado el

²⁹ G. Weise, *Spanische Plastik aus sieben Jahrhunderten*. Reutlingen: Gryphius 1925.

³⁰ Mención aparte, que queda fuera de las intenciones de este trabajo, merecerían eruditos alemanes del derecho, la economía o la politología que pasaron por nuestro país, tales como Ernst Mayer, cuya *Historia de las instituciones sociales y políticas de España y Portugal durante los siglos V al XIV* sigue reimprimiéndose, o el barón Heinrich Stackelberg, teórico de la economía y curiosa personalidad (nacido en Moscú de origen español) del régimen nazi que pasó los últimos años de su vida como profesor en la Complutense.

ancho panorama de la cultura española. Entre estas últimas destaca la de Werner Brüggemann –director del Instituto Alemán de Cultura en Madrid de 1957 a 1968– dedicada al Teatro del Siglo de Oro. Fue el único de todos los directores de la institución que, junto a H. Juretschke, ha tenido en su haber un currículum importante de investigación hispana. Sus obras acerca del romanticismo alemán y Calderón y la figura de Quijote en el arte fueron definitivas³¹.

Hans Flasche fue también un calderonista afamado que realizó frecuentes estancias en nuestro país antes de dirigir la sede de la Sociedad Goerres en Lisboa y de acabar como director del Instituto Iberoamericano de Hamburgo.

8. Consideración final y resumen

Dada la cordial y profunda extrañeza que el alemán medio siente por España, extrañeza que se manifiesta en el dicho con el que, como producto del inconsciente colectivo, un alemán se refiere a una cosa que le resulta muy desconocida y en el que lo español funciona como prototipo de lo ignoto (“das kommt mir Spanisch vor” [eso me suena a chino]), esta cohorte de alemanes que hicieron investigación española desde España tiene gran mérito y un valor ejemplar de comportamiento para los actuales hispanistas alemanes y, por supuesto para los germanistas españoles. No es frecuente el caso de alemanes que sientan especial atractivo por la cultura española o que cultiven el viaje español. Muchos de sus “romanistas” profesan la Hispanística “a distancia”, es decir, bien para ejercer como latino-americanistas, bien como romanistas en las dos principales vertientes de esa disciplina: Italia o Francia. Eruditos como K. Vossler o E. R. Curtius, a pesar de sus trabajos críticos o, incluso, ensayos de traducciones, no se han sentido mayormente atraídos por el viaje español. El curso “profesado” en la Universidad Internacional de Santander por Vossler (*Introducción a la literatura española del siglo de oro*) en el verano del 33 fue más bien una excepción en un currículum romanista del erudito en el que el viaje a España no destacó por su frecuencia. Por eso, a los mencionados en el presente trabajo hay que reconocerles el mérito de haberse separado de la senda trillada de las “lejanas” empresas de investigación a las que impulsa esa típica “Sehnsucht in die Ferne” (añoranza de la lejanía) de la que adolece el alemán. Ellos también se separaron de esa más fácil orientación a los estudios del entorno inmediato, léase el francés, el italiano, el holandés o el escandinavo. A un investigador alemán se le podrá encontrar más bien al frente de un equipo de zoólogos, arqueólogos o botánicos en las selvas del Amazonas, en las ruinas de Teotihuacán o en los desiertos de Australia; menos en la biblioteca de una de las antiguas universidades de Europa, la de Salamanca, investigando, por ejemplo, el tesoro musical que alberga.

Y puestos a tirar más bajo, el filólogo o el crítico de arte alemán que se sienta atraído por el mundo de las letras, derivará por el estudio de su contexto más inme-

³¹ Ver, por ejemplo, Brüggemann, W., «Romantisches in Calderóns comedia mitológica Eco y Narciso», *Spanische Forschungen der Goerres-Gesellschaft* 10 (1955), 239-258.

diato. Siempre preferirá esa Italia que el mejor de sus poetas le hizo sentir desde su tierna infancia como propia (en el *Mignon*, p. e.) o la Francia con la que ha mantenido un contencioso de amor/odio durante siglos. Estas dos naciones, Francia e Italia, no sólo los Pirineos, han hecho opaca la realidad peninsular y sólo cuando España ha representado intereses económicos o geo-políticos, los alemanes han demostrado una mayor curiosidad por este país que habitamos. El hecho de que, según estadísticas del *Index Translationum*, sólo un 2.5 % de las obras que se traducen al alemán provenga de la lengua española y de las literaturas que la hablan –cifra que está por debajo de las traducciones que se hacen del holandés o del sueco al alemán y en evidente contraste con las que se hacen a la inversa– da testimonio de esta dificultad de acceso que tiene la sociedad alemana frente a lo español. Cualquier folleto de información plurilingüe en un aeropuerto alemán se ofrecerá antes en turco, aparte del inglés, italiano o francés, que en español, lo que indica el escaso interés que provoca un mundo de 400 millones de hablantes y una docena de culturas. España no representa un problema ni una solución para Alemania. España padece su condición de “término medio”, es decir, de no ser ni la exótica lejanía de las antípodas, tan atractiva para los alemanes, ni la proximidad inmediata a la que están obligados por vecindad. Recientemente, una periodista alemana del semanario *Die Zeit* se refería a España, relacionándola con Italia, como “der kleine Bruder” (“el hermano pequeño”). Nuestro país no es más que una zona de influencia geo-estratégica donde los intereses alemanes, sobre todo los económicos, se ven asegurados por su potencial técnico y empresarial. La caza del cliente o del socio, objetivo de los países políticamente importantes, relega a un segundo plano otras consideraciones. Por lo demás (y ya lo decía Karl Vossler), España, desde el punto de vista físico, es más África que Europa, lo cual no es, a pesar del arte castellano o de la literatura clásica del Siglo de Oro, una ventaja para motivar sus intereses viajeros. Puestos a visitar África, los alemanes preferirán siempre la África africana, que siempre comportará una cierta aventura.

Tampoco los eruditos aquí presentados, a pesar de haber abandonado la senda trillada de sus compatriotas, consiguieron abrir brecha en la mentalidad del gran público alemán. Juan Valera lo reconocía: “Ferdinand Wolf, Böhl de Faber, Adolf von Schack, Lauser, Braunfels, Fastenrath, Schuchardt, Rodolfo Beer y bastantes otros conocen nuestro país tan bien o mejor que nosotros mismos; pero la generalidad lo ignora todo, y se finge, allá en su interior, una España, ya maravillosa, ya grotesca con hembras morenas y ardientes, toreros, contrabandistas y majos, hogueras de la Inquisición apenas apagadas, olla podrida, aceite y ajos fritos, hidalgos graves, tiesos y andrajosos, mucho Fígaro, mucho Basilio y tal cual Conde Almaviva”³². Pues bien, desde que Valera escribiera esta observación, la situación no ha variado mucho. La afirmación de Karin Hellwig, investigadora del arte español, de que “todavía durante mucho tiempo en el siglo XIX, España siguió siendo poco atractiva” es necesario hacerla extensiva a lo largo de la historia de nuestras relaciones³³.

³² Valera, J., *Obras desconocidas de Juan Valera*. Madrid: Castalia 1965, 595.

España ha sido ensoñada o estudiada, pero en muy pocas ocasiones visitada (exterior e interiormente) por la intelectualidad alemana, a la que le ha faltado la empatía necesaria que exige el desplazamiento.

El hecho de que Alemania tenga uno de los mejores planteles de hispanistas que, sin embargo, no logran permeabilizar la sociedad a la que se dirigen en el sentido de orientar sus intereses culturales en un sentido más “peninsular”, quizás esté poniendo en entredicho la erudición o, mejor dicho, la dimensión sociológica de la misma.

En todo caso, el conjunto de estos eruditos alemanes que aquí hemos presentado pertenecen por así decirlo al núcleo duro de la Hispanística internacional. No se trata de disminuir los merecimientos de la Hispanística italiana o francesa, representada por nombres tales como Farinelli, Fanzio, Foulché Delbosc, Zimmermann o Pageard, sobre todo teniendo en cuenta que una hispanística extranjera que pretenda hacerse valer debe tener por principio una orientación contrastiva bilateral. Pero los trabajos de Pfandl sobre Felipe II, de Curtius sobre la lírica del Siglo de Oro, los de Adolf von Schack sobre la literatura hispano-árabe o de Juretschke sobre los afrancesados son rendimientos que, aunque hayan sido superados o discutidos, han supuesto unos modos de trabajo científico ejemplares. La integración del saber lingüístico y del trabajo de campo arqueológico de un Adolf Schulten, por ejemplo, añadido a una dedicación a la causa de la Hispanística basada en el amor e interés por una nación que durante años había sido desprestigiada más allá de la tolerabilidad objetiva, es un ejemplo a seguir por todo aquel que quiera practicar unos estudios extranjeros (*Auslandskunde*) que lleven a una mejor comprensión entre los pueblos. Fueron ejemplos de una dedicación que no siempre siguieron muchos de sus compatriotas que frecuentemente manifestaron (Heine, p.ej.) una decidida aversión a lo español. Karl Vossler proponía de manera ejemplar los ideales que han movido a estos alemanes que estuvieron entre nosotros y que, de generalizarse, podrían dar mejores resultados en las mutuas relaciones: “Si la España del Renacimiento, del Barroco, de la Contrarreforma y del dominio universal ha sido empujada hoy en día a un segundo plano, permanece, al menos así me parece, todavía viva y fructífera e incluso imprescindible para la conciencia actual de manera distinta. Como recuerdo y visión, como poesía y arte, como nostalgia, esta señorial y magnífica España no puede morir. Esto es más que un signo de que no hemos integrado en nosotros mismos de manera suficiente su antiguo querer y poder”^{33,34}.

³³ Hellwig, K., «Carl Justi entdeckt Spanien», en: Noehles-Doerk, G., *Kunst in Spanien im Blick des Fremden*. Fráncfort: Vervuert 1996, 203.

³⁴ Vossler, K., *Spanien und Deutschland*. München: Kösel-Verlag 1952, 198.